

periódico una autoridad especial debida á su gran influencia en la Cámara. Nadie dudaba de verle un día ministro.

Luego llegaron los Forestier, ella vestida de rosa y encantadora. Duroy quedó estupefacto al ver la intimidad que la mujer de su amigo tenía con los dos representantes del país, pues más de cinco minutos permaneció hablando en voz baja con Mr. Laroche-Mathieu en un rincón de la chimenea. Carlos parecía extenuado, había enflaquecido mucho en un mes y repetía sin cesar: « Yo debiera decidirme á concluir el invierno en el Mediodía. »

Norberto de Varenne y Jacobo Rival se presentaron juntos, y á poco abrióse en el fondo de la habitación una puerta, apareciendo Mr. Walter con dos jóvenes altas, de dieciséis á dieciocho años, una fea y otra bonita.

Duroy sabía que el propietario era padre de familia, pero quedó sorprendido al ver á las hijas de su director, pues jamás había pensado en ellas sino como se sueña con países lejanos que no han de verse jamás. Además se las había figurado pequeñitas todavía y se encontraba con mujeres. En aquel momento experimentaba esa ligera perturbación moral que un cambio de punto de vista produce.

Las dos jóvenes, una después de otra, le tendieron la mano una vez que les fué presentado, y después fueron á sentarse á una pequeña mesa que sin duda les estaba reservada y en donde se pusieron á remover una porción de carretes de seda en una canastilla.

Se esperaba todavía á alguien y todo el mundo permanecía silencioso con esa especie de embarazo que precede á las comidas entre gentes que no se encuen-

tran en un mismo estado de espíritu después de las ocupaciones diversas que cada cual ha tenido durante el día.

Como Duroy hubiese levantado la vista hacia las pa-



redes, por no saber otra cosa que hacer, Mr. Walter le habló desde lejos con deseo manifiesto de hacer valer aquello que le pertenecía: « ¿ Mira usted *mis* cuadros, verdad? » Aquel *mis* sonó á hombre satisfecho y rico. « Voy á en señárselos ». Y tomó un quinqué á fin de que

pudieran distinguirse todos los detalles.

— Aquí están los paisajes, dijo.

En el centro de la pared veíase un gran lienzo de Guillemet, una playa de Normandía bajo un cielo tempestuoso. Por bajo un bosque de Harpignies, después una llanura de Argelia, por Guillaumet, con un camello

á lo lejos, un enorme camello que sobre sus altas patas parecía un monumento.

Mr. Walter pasó á la pared inmediata y en tono serio, como un maestro de ceremonias, anunció :

— La gran pintura.

Eran cuatro lienzos : « Una visita de hospital », por Gervex ; « Una Segadora », por Bastien-Lepage ; « Una Viuda », por Bouguereau, y « Una ejecución », por Juan Pablo Laurens. Este último lienzo representaba un sacerdote vendeano fusilado contra el muro de su iglesia por un destacamento de soldados republicanos.

Por el semblante del propietario cruzó una sonrisa al indicar los cuadros del otro muro :

— Aquí los cuadros de fantasía.

Veíase primeramente un pequeño lienzo de Juan Béraud, titulado : « Altos y bajos ». Era una hermosa parisiense subiendo la escalera de un tranvía en marcha, su cabeza aparecía al nivel de la imperial y mientras los señores sentados arriba descubrían con satisfacción codiciosa la cara joven que se aproximaba hacia ellos, los que abajo iban de pie en la plataforma examinaban las piernas de la joven con una expresión diferente de despecho y de codicia.

Mr. Walter alumbraba con el quinqué subiéndole cuanto era posible, y repetía, con risa de tunante :

— ¿ No es verdad que es original ? ¿ eh ?

Signió alumbrando é indicó otro cuadro : « Un Salvamento », por Lambert.

En medio de una mesa de la que se había levantado ya el servicio, un gatito examinaba con extrañeza y perplejidad, sentado sobre su parte trasera, á una mosca que se ahogaba en un vaso de agua. El pequeño felino tenía una de las manos levantada y parecía

presto á coger al insecto mediante un movimiento rápido, pero no se decidía, vacilaba, ¿ qué haría ?

Luego mostró Mr. Walter un *Detaille* : « La Lección. » Representaba á un soldado en el cuartel enseñando á tocar el tambor á un perro de aguas :

— ¡ Aquí hay *esprit* ! ¿ no es verdad ?

Duroy reía en señal de aprobación y se extasiaba :

— Encantador, encantador, encan...

Y se detuvo, pues acababa de oír detrás de él la voz de M<sup>me</sup> de Marelle que acababa de entrar.

El amo de la casa continuaba iluminando los lienzos y explicándolos.

Ahora mostraba una acuarela de Mauricio Leloir : « El Obstáculo ». Era una silla de manos detenida en la calle á causa de una riña entre dos hombres del pueblo, dos mancebos que luchaban como dos héroes, y veíase asomar por la ventana de la silla una cara encantadora de mujer que miraba... que miraba... pero sin impaciencia, sin miedo y hasta con cierta admiración, el combate de aquellos dos brutos.

Mr. Walter repetía de cuando en cuando :

— Tengo todavía otros en las demás habitaciones, pero son de artistas menos conocidos, menos juzgados. Este es mi salón predilecto. En este momento compro cuadros de gente joven, muy joven, y los pongo en reserva en los apartamentos íntimos esperando el momento en que los autores sean célebres, y en voz baja dijo á Duroy : « Este es el momento de comprar cuadros. Los pintores se mueren de hambre, no tienen un cuarto... »

Pero Duroy no veía nada, oía sin comprender. M<sup>me</sup> de Marelle estaba allí, detrás de él. ¿ Qué debería hacer ? Si la saludaba ¿ no sería capaz ella de volverle

la espalda ó arrojarle alguna insolencia? Y si no se acercaba ¿qué se pensaría?

Y se dijo: Ganemos tiempo.

Estaba emocionado de tal manera que tuvo por un momento la idea de simular una indisposición repentina que le permitiera retirarse.

Había concluido la visita á los cuadros. M. Walter fué á dejar el quinqué y á saludar á la señora recién llegada, mientras que Duroy comenzaba de nuevo el examen de los lienzos como si no se hubiese cansado de admirarlos.

Tenía el espíritu trastornado. ¿Qué debía hacer? Oía la voz, y distinguía la conversación.

La señora de Forestier le llamó:

— Diga usted, señor Duroy.

Éste corrió hacia ella. La llamada era para recomendarle una amiga que daba una fiesta y deseaba se la mencionase en los Ecos de *La Vida Francesa*.

Duroy balbuceó:

— Sin inconveniente, señora, sin inconveniente...

Como M<sup>me</sup> de Marelle se encontraba en aquel momento cerquita de él no se atrevía á volverse para irse de allí.

De pronto, Duroy creyó volverse loco, M<sup>me</sup> de Marelle dijo en alta voz:

— Buen Mozo, buenas noches. ¿Es que no me reconoce Vd. ya?

Duroy giró rápidamente sobre sus talones y se la encontró de pie, frente á él, sonriente y con la alegría y la afección en la mirada. El joven tomó temblando la mano que ella le tendía, temeroso aún de alguna astucia ó de alguna perfidia.

— ¿Qué se hace usted? agregó ella en seguida con serenidad. No se le ve á Vd. más.

Duroy tartamudeaba sin poder recobrar su sangre fría:

— Pues que he tenido mucho que hacer, señora, mucho, mucho que hacer. Mr. Walter me ha confiado un nuevo servicio que me ocupa enormemente.

— Ya lo sé, respondió ella mirándole siempre de frente sin que él pudiese descubrir en la mirada otra cosa que benevolencia. Pero eso no es una razón para olvidar así á los amigos.

En aquel instante fueron separados por una señora gruesa que entraba, una señora obesa muy escotada, con las mejillas y los brazos muy encarnados, vestida y peinada con pretensiones, y caminando tan pesada que se sentía al verla marchar el peso y la gordura de sus muslos.

Como se la trataba al parecer con grandes miramientos, Duroy preguntó á M<sup>me</sup> Forestier:

— ¿Quién es esta señora?

— La Vizcondesa de Percemur, que firma: « Pata Blanca. »

Duroy se sorprendió al conocer á la que se ocultaba bajo aquel pseudónimo y sintió vivo deseo de reír:

— ¡Pata Blanca! ¡Pata Blanca! Y yo que veía en mi pensamiento una joven como usted. Está bueno ¡Pata Blanca! ¡Soberbia está Pata Blanca!

Un doméstico se presentó en la puerta:

— Señora, la mesa está servida.

El tiempo pasó vulgar y alegremente, fué una de



esas comidas en que se habla de todo sin decir nada. Duroy se encontraba colocado entre M<sup>me</sup> de Marelle y la señorita Rosa Walter, la hija fea del banquero. El tener como vecina á M<sup>me</sup> de Marelle molestaba un poco al periodista, siquiera ella mostrase hallarse allí perfectamente y hablase con su *esprit* de siempre. El joven se turbó al principio como si estuviese encogido, vacilante, lo mismo que un músico que ha perdido el tono. Poco á poco, sin embargo, fué tranquilizándose, y sus ojos se encontraban sin cesar con los de Clotilde y los unos á los otros se interrogaban, y mezclaban sus miradas de una manera íntima y casi sensual como otras veces.

De pronto sintió Jorge algo que bajo la mesa rozaba su pie, adelantó suavemente la pierna y encontró la de su vecina que no retrocedía ante aquel contacto. En este momento no hablaban el uno ni el otro vueltos ambos hacia los demás vecinos.

Duroy á quien el corazón le palpitaba fuertemente, aumentó un poco la presión de su rodilla y vió que le respondía también una presión ligera. Entonces comprendió que sus amores comenzaban de nuevo.

¿Qué hablaron luego? Apenas nada, pero sus labios se estremecían cada vez que las miradas se cruzaban.

Sin embargo, como el joven trataba de ser amable con la hija de su director, de tiempo en tiempo le dirigía alguna frase galante, á la que ella respondía como hubiera podido hacerlo su madre sin vacilar jamás sobre lo que debía contestar.

Á la derecha de Mr. Walter la vizcondesa de Percemur adoptaba actitudes de princesa, y Duroy que se complacía en mirarla, preguntó por lo bajo á M<sup>me</sup> de Marelle :

— ¿Vd. conoce á la otra, á la que firma «Dominó rosa?»

— Perfectamente, ¿á la baronesa de Livar?

— ¿Y es del mismo género?

— No, pero también es original. Una mujer altísima, seca, de sesenta años, con falsos rizos, dientes á la inglesa, un *esprit* del tiempo de la Restauración y compuesta como en aquella época.

— ¿Pero dónde han desenterrado fenómenos semejantes?

— Los escombros de la nobleza los recogen siempre los burgueses que se encumbran.

— ¿Sin más razón que eso?

— Ninguna otra.

Luego comenzó una discusión política entre el amo de la casa, los dos diputados, Norberto de Varenne y Jacobo Rival, discusión que duró hasta los postres.

Quando la gente volvió al salón, Duroy se acercó de nuevo á M<sup>me</sup> de Marelle y, mirándola fijamente, la dijo :

— ¿Quiere Vd. que la acompañe esta noche hasta su casa?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque Mr. Laroche-Mathieu, que es vecino mío, me deja á la puerta siempre que como aquí.

— ¿Cuándo la veré á V.?

— Vaya mañana á almorzar conmigo.

Y se separaron sin decirse nada más.

Duroy no permaneció mucho tiempo allí, pues encontraba monótono el sarao, y al bajar la escalera se encontró á Norberto de Varenne que acababa de partir. El viejo poeta le tomó el brazo. Como no tenía ya para qué temer rivalidades en el periódico, toda vez que la colaboración de ambos era esencialmente distinta,

ahora se complacía en demostrar al joven una benevolencia de abuelo.

— ¡Vaya! acompañeme Vd. un poco.

— Con mucho placer, querido maestro, respondió Duroy.

Y se pusieron en marcha despacito bajando el bulevar Malesherbes.

París estaba casi desierto aquella noche, una de esas noches frías que diríase más largas que las otras y en que las estrellas aparecen más altas, y el aire parece aportarnos en sus soplos helados algo venido de mucho más lejos que los astros.

Los dos hombres no hablaron una sola palabra en los primeros momentos, hasta que al fin Duroy, por decir algo, insinuó :

— Este señor Laroche-Mathieu parece muy inteligente é instruido.

— ¡Ah! ¿Vd. lo cree? murmuró el viejo poeta.

Duroy sorprendido vacilaba...

— Eso me parece, por lo demás pasa por ser uno de los hombres más capaces de la Cámara.

— Es posible. En tierra de ciegos el tuerto es rey. ¿Usted ve? todas estas gentes son medianías, porque tienen encerrado el espíritu entre dos muros : el dinero y la política. Son sencillamente unos pedantes, querido, con los cuales es imposible hablar de nada, de nada cuanto nosotros amamos. Su inteligencia está encenagada ó mejor hundida en un estercolero como el río Sena en Asnières. ¡Ah! Qué difícil es encontrarse con un hombre que tenga espacio en el cerebro, que le procure á Vd. la sensación de esos grandes alientos que se respiran á orillas del mar. Yo he conocido algunos pero han muerto ya.

Norberto de Varenne hablaba con una voz clara, aunque contenida, que habría resonado en el silencio de la noche si la hubiera dejado escapar. Parecía sobreexcitado y triste por una de esas tristezas que alguna vez caen sobre las almas y las hacen vibrantes como a tierra bajo la helada.

— ¡Qué importa, por lo demás, continuó, un poco más ó un poco menos de genio, puesto que todo ha de concluir!

Y se calló. Duroy, que aquella noche se sentía con el corazón alegre, respondió sonriente :

— Hoy lo ve Vd. todo negro, querido maestro

— Yo lo veo siempre así, hijo mío, repuso el poeta, y dentro de unos cuantos años Vd. lo verá lo mismo que yo. La vida es una cuesta : cuando se sube se mira á la cima y se contempla uno dichoso, pero una vez que se llega á lo alto, se ve de un golpe la bajada y el fin que es la muerte. Á la edad de Vd. se es feliz ¡espera uno tantas cosas que, por otra parte, no llegan nunca! Á mi edad no se espera ya nada..... sino la muerte.

Duroy se echó á reir :

— ¡Canario! se me enfría el cuerpo con lo que Vd. me dice.

— No, continuó Norberto de Varenne. Vd. no me comprende hoy, pero ya se acordará más tarde de lo que en este momento le digo. Llega un día, y para muchos llega en buen hora, en que se ha concluido de reir porque todo lo que detrás se ve no es otra cosa que muerte.

¡Oh! Vd. ni siquiera comprende esa palabra, la muerte. Á la edad de Vd. no significa nada, á la mía, en cambio, es terrible.

Sí, se comprende todo de un golpe, no se sabe por qué ni á título de qué, y eptonces todo cambia de aspecto en la vida. Por lo que á mí toca, hace quince años que la siento cómo me trabaja cual si llevase dentro de mí un roedor. Poco á poco la he sentido, mes por mes, hora por hora, deteriorarme lo mismo que una casa se desmorona. Me ha desfigurado tan completamente que ni siquiera me reconozco. No hay ya nada en mí de aquel hombre radiante, fresco y fuerte que era yo á los treinta años. La he visto teñirme de blanco mis cabellos negros ¡y con qué lentitud sabia y maligna! Se ha apoderado de mi piel antes tan tersa, de mis músculos, de mis dientes, de todo mi cuerpo de otras veces, no dejándome otra cosa que un alma desesperada que también se llevará pronto.

Sí, me ha reducido á migajas, la avara, y suave y terriblemente ha cumplido la lenta destrucción de mi ser, segundo por segundo. Y ahora me siento morir en todo aquello que hago. Cada paso que doy me acerca á ella, cada movimiento, cada sopro precipita su odiosa obra. Réspirar, dormir, beber, comer, trabajar, soñar, todo lo que hacemos es morir. En fin, ¡vivir es morir! ¡Oh! esto ya lo sabrá Vd. y si solamente reflexiona un cuarto de hora, Vd. mismo la verá.

¿Qué espera Vd.? ¿amor? Con unos cuantos besos que dé será Vd. impotente.

¿Qué? ¿dinero? ¿Para qué? ¿para pagarse mujeres? ¡Valiente felicidad! ¿Para comer mucho, y hacerse obeso y gritar noches enteras mordido por la gota?

Y después ¿qué? ¿La gloria? De qué sirve cuando no se la puede recoger bajo la forma de amor?

Y todavía ¿qué? Siempre la muerte para concluir.

Yo la veo ahora tan de cerca que muchas veces siento deseos de extender los brazos para rechazarla. Ella cubre la tierra y llena el espacio, por todas partes la descubro. Los animalillos espachurrados en las carreteras, la hoja que cae, la caña sorprendida en la barba de un amigo, me devastan el corazón y me gritan : ¡ahí la tienes! ¡La muerte me echa á perder todo lo que hago, todo lo que veo, lo que como y lo que bebo, lo que amo, los claros de luna, la salida del sol, el anchuroso mar, los hermosos ríos, el aire de las noches de estío, tan agradable como es de respirar!

Varenne caminaba lentamente, un poco jadeante, soñando alto, olvidando casi que se le escuchaba.

— Y luego, prosiguió, jamás un solo ser de los que se fueron vuelve..... se conserva su recuerdo en las estatuas, y también los moldes de éstas que sirven para hacer en todo tiempo objetos parecidos, pero mi cuerpo, mi semblante, mis pensamientos, mis deseos no reaparecerán jamás. Y sin embargo, nacerán millones, millares de millones de seres que en unos cuantos centímetros cuadrados tendrán, como yo, nariz, ojos, una frente, mejillas, una boca y también un alma lo mismo que yo, sin que jamás yo vuelva, sin que ni la menor cosa reconocible como mía reaparezca en esas innumerables criaturas tan diversas é indefinidamente diferentes aunque muy parecidas.

¿Á qué puerto acogerse entonces? ¿Hacia quién elevar gritos de angustia? ¿En qué podemos creer?

Todas las religiones son estúpidas con su moral pueril y sus promesas egoístas, monstruosamente imbéciles.

Lo único cierto es la muerte.

El viejo poeta se detuvo, cogió á Duroy de las dos solapas del sobretodo y con voz lenta le habló de esta suerte :

— Joven, piense Vd. en todo esto, piense por espacio de días, de meses y de años y verá la existencia de otra manera distinta. Trate de desprenderse de todo cuanto le rodea, haga Vd. el esfuerzo sobrehumano de abstraerse de tal modo que, sin dejar de vivir, salga de su propio cuerpo, de sus intereses, de sus pensamientos, del seno de la humanidad entera, mirando por lados diversos, y comprenderá

Vd. qué poca importancia tienen las querellas entre románticos y naturalistas, ni siquiera la discusión del presupuesto.

Y echó á andar con paso más rápido.

— Pero también sentirá Vd. la espantosa angustia de los desesperados. Se revolverá Vd. desatinado y loco, ahogado en las incertidumbres y gritará: « ¡Socorro! » á un lado y otro y nadie le responderá; tenderá Vd. los brazos, llamará para ser socorrido, amado, consolado, salvado... Nadie acudirá.



¿Por qué sufrimos de esta suerte? Sin duda es porque fuimos nacidos para vivir más según la materia y menos según el espíritu; pero á fuerza de pensar se estableció una desproporción entre el estado de nuestra inteligencia agrandada y las condiciones inmutables de nuestra vida.

Observe Vd. á las gentes mediocres; á menos que sobre ellos caigan grandes desastres, se encuentran satisfechos sin sufrir de la desgracia común. Tampoco los animales la sienten.

Varenne se detuvo todavía, meditó unos cuantos segundos y luego añadió con tono de cansancio y de resignación :

— Yo soy un ser perdido. No tengo ni padre, ni madre, ni hermano, ni hermana, ni mujer, ni hijos, ni Dios.

Y después de una pausa, dijo :

— Sólo tengo la rima.

Luego levantó la cabeza hacia el firmamento, en el cual lucía su pálida faz una luna llena, y declamó :

Et je cherche le mot de cet obscur problème  
Dans le ciel noir et vide où flotte un astre blême <sup>1</sup>.

Llegaron al puente de la Concordia, le pasaron en silencio y, después de bordear el Palacio de Borbón, Norberto de Varenne habló de nuevo :

— Cásese, amigo mío; no sabe Vd. lo que es vivir solo á una edad como la mía. La soledad me llena hoy de angustia horrible, la soledad en el hogar, cerca del

1. Y yo busco la clave de este problema oscuro  
En el cielo negro y vacío donde flota un astro descolorido.  
N. del T.

fuego, por la noche. Me parece en esos momentos que estoy solo en la tierra, espantosamente solo pero rodeado de peligros vagos, de cosas desconocidas y terribles, y el tabique que me separa del vecino á quien no conozco, me aleja de él tanto como de las estrellas que diviso por la ventana. Una especie de fiebre me invade, fiebre de dolor y de miedo y el silencio de las paredes me espanta. Es tan profundo y tan triste el silencio de la alcoba cuando se vive solo, y es que no es un silencio solamente al rededor del cuerpo sino un silencio al rededor del alma, y cuando un mueble cruje, se estremece hasta el corazón de uno, porque en ese hogar triste no se espera el menor ruido.

Todavía se calló por unos momentos y agregó luego :

— Cuando se es viejo al menos sería bueno tener hijos.

Habían llegado hacia la mitad de la calle de Borgoña. Varenne se detuvo delante de una casa bastante alta, llamó y estrechó la mano de Duroy :

— Joven, le dijo, olvide Vd. todo este sermoneo de viejo machacón y viva según á su edad conviene, ¡adiós!

Y desapareció por el negro corredor.

Duroy se puso en camino, con el corazón oprimido. Parecíale como si acabaran de mostrarle una gran fosa llena de osamenta, una fosa inevitable en la que le sería forzoso caer un día :

— ¡Caracoles! murmuró, lo que es su casa no debe estar muy alegre, que digamos. Por nada del mundo aceptaría yo una butaca de balcón para presenciar el desfile de las ideas que se le ocurren. ¡Dios me libre!

Pero en aquel momento tuvo que detenerse para dejar pasar á una señora perfumada que bajaba del coche y

entraba en su casa, y Duroy aspiró con avara delicia el olor de verbena y de iris que flotaba en el aire. Sus pulmones y su corazón palpitaron bruscamente de esperanza y de alegría, y el recuerdo de Mme de Marelle á quien vería al día siguiente, le invadió de los pies á la cabeza.

Todo le sonreía, la vida le acogía con ternura. ¡Qué hermoso era el realizar las esperanzas!

Aquella noche se durmió en la embriaguez y al siguiente día se levantó temprano para dar un paseo á pie por la avenida del Bosque de Bolonia antes de acudir á la cita de Clotilde.

El viento había cambiado, el tiempo se había dulcificado durante la noche, y se disfrutaba de una temperatura tibia y de un sol de abril. Todos cuantos tenían costumbre de concurrir al Bosque habían salido aquella mañana respondiendo al llamamiento del cielo claro y suave.

Duroy marchaba lentamente, bebiendo aquella ligera brisa, exquisita como una golosina de primavera.

Pasó el Arco de Triunfo de la Estrella y ganó la gran avenida por el lado opuesto al de los jinetes, contemplando á éstos, hombres y mujeres, cómo trotaban ó galopaban, y, aun siendo como eran los ricos del mundo, apenas si Duroy los envidiaba entonces. Conocía á casi todos de nombre, sabía la cifra de su fortuna y la historia secreta de su vida, pues sus funciones de repórter habían hecho de él una especie de almanaque de las celebridades y de los escándalos parisienses.

Las amazonas pasaban, esbeltas y moldeadas en el oscuro paño de su talle, con ese algo de altivo é inabordable que tienen muchas mujeres á caballo, y Duroy se complacía en recitar á media voz, como se recitan las



letanías en una iglesia, los nombres, títulos y cualidades de los amantes que habían tenido ó que se les atribuía, y hasta alguna vez en lugar de decir :

Barón de Tanquetet.

Príncipe de la Tour-Enguerrand, murmuraba : del lado de Lesbos.

Luisa Michot, del Vaudeville.

Rosa Marquetin, de la Ópera.

Aquel juego le divertía mucho, como si mediante él hubiera comprobado, bajo las severas apariencias, la eterna y profunda infamia del hombre, y como si aquello le hubiese regocijado, excitado, consolado.

Luego pronunció en alta voz : ¡ Hato de hipócritas ! y con la vista buscó entre los jinetes á aquellos sobre los que corrían historias las más estupendas.

Vió pasar á muchos de quienes se sospachaba que hacían trampas en el juego.

Los círculos eran para ellos el gran recurso, el único recurso, sospechoso á más no poder.

Otros, muy célebres, vivían únicamente de la renta de sus mujeres, aquello se sabía, y otros había que vivían de las rentas de sus queridas, esto se decía y afirmaba.

Muchos habían pagado sus deudas (acto muy honrado) sin que jamás se adivinara de dónde les había venido el dinero necesario (misterio bastante equívoco). Vió pasar á hombres de negocios cuya inmensa fortuna tenía como origen un robo y se les recibía en todas partes, en las más nobles casas, y después á hombres tan respetados que los pequeños burgueses se descubrían á su paso, pero cuyos vergonzosos chanchullos en las grandes empresas nacionales no eran un secreto para ninguno de los que conocían las interioridades de aquel mundo enriquecido

Todos pasaban con aire altanero, orgulloso el gesto, insolente la mirada, los que llevaban patillas como los que llevaban bigote. Duroy reía contemplando aquello y repetía : « Está bien eso ; ¡ hato de truhanes ! ¡ hato de crápulas ! »

Pero en aquel momento pasó una berlina descubierta, bajita, muy mona, arrastrada al gran trote por dos esbeltos caballitos blancos cuyas crines y colas se agitaban graciosamente. Iba conducida por una jovencita rubia, cortesana muy conocida, y detrás de ella iban sentados dos *grooms*. Duroy se detuvo con deseo de saludar y aplaudir á aquella advenediza del amor que con tanto atrevimiento ostentaba en aquel paseo y á la hora preferida por la aristocracia hipócrita el lujo ganado sobre sus sábanas. Acaso Duroy sentía vagamente que alguna cosa había de común entre los dos, algo como un vínculo de naturaleza, le raza, de alma, y tal vez pensó que los éxitos de aquella mujer serían debidos á procedimientos audaces del mismo orden que los suyos. Duroy volvió sobre sus pasos y caminando despacito, caldeado de satisfacción el espíritu, llegó un poco antes de la hora á la puerta de la casa de su antigua querida. Ella le recibió con los brazos abiertos, como si no hubiera existido ruptura ninguna y hasta olvidó por algunos instantes la prudente reserva que se imponía en su propia casa en punto á caricias.

— Tú no sabes, le dijo besándole las rizadas guías del bigote, qué noticia tan fastidiosa me llega... Yo que esperaba una buena luna de miel y cádate á mi marido que se me cae encima nada menos que por seis semanas ; ha pedido licencia. Pero yo no quiero estar seis semanas sin verte, sobre todo después de nuestro

ligero disgusto, y verás de qué modo he arreglado las cosas. Tú vendrás á comer el lunes, ya le he hablado de ti y te presentaré.

Duroy vacilaba un poco perplejo, pues jamás se había encontrado frente á frente de un hombre con cuya mujer tuviera relaciones.



Temía que le traicionase cualquier cosa, un poco de embarazo, una mirada, un simple gesto :

— No, balbuceaba, prefiero no hacer conocimiento con tu marido.

Ella insistió muy sorprendida, de pie delante de él, y abriendo cándidamente los ojos :

— ¿Pero por qué?  
¡Vaya una cosa original!  
Eso ocurre todos los días.  
No te suponía tan pacato.

Aquello lastimó un poco á Duroy :

— Pues bien, sea. Vendré á comer el lunes.

M<sup>me</sup> de Marelle añadió :

— Y para que la cosa parezca perfectamente natural, invitaré á los Forestier, por más que no me divierte nada recibir en mi casa.

Hasta que llegó el lunes, Duroy no volvió á pensar apenas en aquella entrevista, pero cuando el día de la

comida subía la escalera de M<sup>me</sup> de Marelle, se sintió extrañamente turbado, no porque le repugnase tomar la mano de aquel marido, ni beber su vino, ni comer su pan, sino porque tenía miedo de alguna cosa, sin saber por qué.

Se le hizo entrar en el salón y como siempre esperó. Á poco se abrió la puerta de la habitación y vió aparecer á un hombre con la barba blanca, condecorado, grave y correcto que venía hacia él con minuciosa cortesía :

— Mi mujer me ha hablado de Vd. con frecuencia, caballero, y estoy encantado de conocerle.

Duroy se adelantó cuidando de imprimir á su fisonomía una expresión de cordialidad insinuante y estrechó con fuerza la mano que se le tendía. Luego y ya sentados ambos, Duroy no encontró qué decir.

Mr. de Marelle atizó un poco la chimenea y añadió un trozo de leña :

— ¿Hace mucho tiempo que se ocupa Vd. de periodismo ?

— Desde algunos meses solamente, respondió Duroy.

— Pues ha caminado Vd. de prisa.

— Sí, bastante de prisa.

Duroy entró en materia, hablando al azar, sin pensar demasiado en lo que decía, empleando todas esas trivialidades en uso corrientes entre personas que no se conocen, pero poco á poco iba serenándose y comenzaba á encontrar la situación divertida. Al contemplar la figura seria y respetable de Mr. de Marelle, retozábale en los labios la risa y pensaba para sus adentros : « Yo te hago cornudo, amigo mío, ten paciencia. »

De él se iba apoderando una satisfacción íntima, viciosa, una alegría como la que experimenta el ladrón

al ver que ni siquiera se hace sospechoso, una alegría de hombre trapacero, deliciosa. Sentía deseos, de pronto, de hacer de aquel hombre un gran amigo, de ganar su confianza, de referirle las cosas secretas de su vida.

M<sup>me</sup> de Marelle entró bruscamente, y cubriendo á ambos con una mirada rápida, sonriente é impenetrable, se fué hacia Duroy que no se atrevió delante del marido á besarle la mano como siempre hacía.

Clotilde se mostraba alegre y tranquila como persona acostumbrada á todo, que encontraba aquella entrevista sencilla y natural en su tunantería nativa y franca. Laurina apareció y, más prudentemente que de costumbre, se acercó á Duroy presentándole la frente. La presencia de su papá la intimidaba :

— ¡Cómo! ¿Hoy no le dices Buen Mozo? La niña se ruborizó lo mismo que si se acabara de cometer una indiscreción enorme, revelando una cosa que no debía decirse, descubriendo un secreto íntimo y un tanto culpable de su corazón.

Cuando llegaron los Forestier, todos se mostraron asustados del mal estado de Carlos. Había enflaquecido espantosamente en una semana, estaba muy pálido y tosía sin cesar. Forestier anunció que el jueves siguiente partirían para Cannes por orden formal de su médico.

El matrimonio se retiró temprano y, así que habían salido, Duroy dijo meneando la cabeza :

— Yo creo que Forestier no tiene para mucho tiempo.

— ¡Oh! está perdido, dijo serenamente M<sup>me</sup> de Marelle. Vea Vd. uno que había tenido la fortuna de encontrar una mujer como hay pocas.

— ¿Le ayuda mucho? preguntó Duroy.

— ¿Que si le ayuda? Con decirle á Vd. que hace

todo. Ella está al corriente de todo, conoce á todo el mundo sin parecer que ve á nadie; obtiene lo que se propone, cómo quiere y cuándo quiere. ¡Oh! Es fina, diestra, intrigante. Un verdadero tesoro para un hombre que quiere llegar.

— Seguramente que no tardará en casarse, dijo Duroy.

— Desde luego, respondió M<sup>me</sup> de Marelle, y hasta no me extrañaría que hubiese pensado ya en alguno... un diputado... á menos que... que él no quisiera... porque... porque... tal vez hubiera graves obstáculos... morales... En fin, yo no sé nada.

Mr. de Marelle refunfuñó con lenta impaciencia :

— Tú dejas siempre sospechar una porción de cosas que á mí no me gustan. No nos mezclemos en asuntos de nadie, nos basta con gobernar nuestra conciencia. Eso debiera ser una regla para todo el mundo.

Duroy se retiró con el corazón perturbado y con el espíritu lleno de vagas combinaciones.

Al día siguiente fué á visitar á los Forestier y los encontró terminando de arreglar las maletas. Carlos se hallaba tendido en un canapé y repetía exagerando la fatiga de su respiración :

— Hace un mes que yo debería haber partido.

Luego hizo á Duroy una serie de recomendaciones á propósito del periódico, por más que todo hubiese quedado arreglado y convenido con Mr. Walter.

Al despedirse Jorge estrechó con fuerza las manos de su camarada :

— Conque, querido, hasta muy pronto.

Y como M<sup>me</sup> Forestier le acompañaba hasta la puerta, vivamente la dijo :

— Supongo que no ha olvidado Vd. nuestro pacto;

somos amigos y aliados. Por lo tanto si tiene Vid. necesidad de mí, sea para lo que quiera, no vacile. Un telegrama ó una carta y obedeceré.

— Gracias, murmuró ella. Lo tendré presente.

Y su mirada le dijo también « Gracias » de una manera más dulce y profunda.

Cuando Duroy bajaba la escalera se encontró, subiéndola á pasos lentos, á M. de Vaudrec, al cual conocía de una vez que le vió en casa de M<sup>me</sup> Forestier. El conde parecía triste. ¿ Tal vez á causa de aquel viaje ?

Queriendo mostrarse hombre de sociedad, el periodista saludó con apresuramiento. El otro le devolvió el saludo con cortesía pero de una manera en la cual se veía un poco de orgullo.

El matrimonio Forestier partió el jueves por la noche.



## VII



La desaparición de Carlos dió á Duroy una importancia más grande en la redacción de *La Vida Francesa*. Firmó algunos artículos de fondo sin dejar por eso de firmar los ecos, pues el di-

rector quería que cada cual guardase la responsabilidad de sus escritos. Mantuvo algunas polémicas de las que salió airoso y sus constantes relaciones con los hombres de Estado iban poco á poco haciendo de él un redactor político perspicaz y hábil.

Un solo punto negro veía en su horizonte. Ese punto negro era un periodiquito maldiciente que constantemente le atacaba, ó mejor aún, atacaba en él al jefe de